



## ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 20. N° 68 (ENERO-MARZO, 2015) PP. 41 - 49  
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL  
ISSN 1315-5216 ~ CESA - FACES - UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

### Las mujeres como sujetos históricos: un derecho conquistado

Women as Historical Subjects. A Right that has been Conquered

Sara Beatriz GUARDIA

*Universidad de San Martín de Porres.*

*Centro de Estudios La Mujer en la Historia de América Latina (CEMHAL), Lima-Perú.*

#### Resumen

En América Latina la historiografía enfrenta dos retos insoslayables: la deconstrucción de una historia eurocéntrica basada en principios y valores considerados universales que distorsionaron la visión y estudio de las culturas que se desarrollaron a lo largo de varios miles de años antes de la conquista española; y la deconstrucción de una historia patriarcal que no visibiliza a las mujeres en los diferentes procesos de nuestra historia. Revertir y transformar esta situación significa visibilizar a las mujeres en sus espacios, prácticas culturales, y participación en la historia del continente. Solo así tendremos una historia integral que recoja ambas experiencias.

**Palabras clave:** Deconstrucción, mujeres, eurocentrismo, patriarcalismo.

#### Abstract

In Latin America, historiography faces two unavoidable challenges: the deconstruction of Eurocentric history based on principles and values considered universal that distort the vision and study of cultures that have developed throughout thousands of years before the Spanish conquest; and the deconstruction of a patriarchal history that does not visibilize women in the different processes of our history. Reverting and transforming this situation means visibilizing women in their spaces, cultural practices and participation in the history of the continent. Only in this way will we have an integral history that gathers together both experiences.

**Keywords:** deconstruction, women, Eurocentrism, patriarchy.

La investigación de la historia de las mujeres cuestiona la imagen estereotipada de su pasividad en la sociedad, convirtiéndola en personas que actúan y cuyo accionar contribuyó - y contribuye - en la formación y desarrollo de nuestros países. Significa ubicarla como sujeto de cambio, es decir, como sujeto histórico.

Hasta comienzos del siglo XX las mujeres que aparecen en el discurso histórico son excepcionales por su belleza, virtudes o heroísmo<sup>1</sup>. Todas las demás no existen en una historia fundada en personajes de la elite, batallas y tratados políticos; una historia que registra e interpreta los distintos procesos y experiencias que ha vivido la humanidad a través de la visión, pensamientos y manifestaciones de quienes la han escrito. Todos hombres en su mayoría de clases y pueblos dominantes que se erigieron según el modelo androcéntrico, en el centro arquetípico del poder ejercido en el espacio público y en un tiempo cronológico<sup>2</sup>, de acuerdo a la división de lo privado y lo público que articula estructuralmente las sociedades jerarquizadas. Según lo cual los hombres aparecen como los únicos capaces de gobernar y dictar leyes, mientras las mujeres ocupan un lugar secundario, en el espacio privado y alejadas de los grandes acontecimientos de la historia.

Recién en el siglo XVIII se produjo el cambio en la historia oficial cuando el espacio privado comenzó a configurarse separado del ámbito de poder político<sup>3</sup>. Hecho que constituye un punto de partida de la visibilidad de las mujeres, puesto que una historia que solo enfoca la esfera pública, entendida como el espacio de las relaciones de poder político y económico, significa una mirada de los hombres hacia los hombres. Aquí, las huellas públicas y privadas de las mujeres quedaron borradas, silenciadas en los archivos públicos, invisibles para la historia<sup>4</sup>. Varios factores posibilitaron el cambio: la Ilustración, y la predominancia de la razón y educación; el liberalismo que planteó la igualdad aunque sin poder concretar su propuesta durante la Revolución Francesa cuando las mujeres demandaron que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano las incluyera. El principio de que la igualdad, la libertad y la autonomía son comunes a todos los seres humanos, permitió que las mujeres articularan un proyecto de lucha como movimiento social con diferentes corrientes teóricas y tendencias que explican las causas de la subordinación de las mujeres y las estrategias del cambio.

Pero si las huellas de las mujeres han sido borradas, ¿Cómo podemos conocer sus formas de vivir la cotidianidad, e interpretar sus pensamientos, emociones y acciones? ¿Cómo aproximarnos a los hechos que originaron cambios desde las mujeres? En definitiva, ¿Qué sabemos de ellas si hasta los tenues rastros “proviene de la mirada de los hombres que gobiernan la ciudad, construyen su memoria y administran sus archivos”?<sup>5</sup> No se trata, entonces, como dice Michelle Perrot, de llenar un “casillero” del conocimiento hasta ahora vacío, sin modificar el conjunto, con la inclusión de las mujeres como sujetos históricos.

Es en 1929, coincidiendo con la crisis del capitalismo, que Marc Bloch<sup>6</sup> y Lucien Febvre fundaron en París la revista *Annales d'histoire économique et sociale*, que transformó el concepto de la historia al priorizar una historia social que incluía mentalidades, vida cotidiana, costumbres, familia,

1 PERROT, M (1995). “Escribir la historia de las mujeres: una experiencia francesa”. *Revista Ayer*, n°. 17, p. 71.

2 MORENO SARDA, A (1986). *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura no-androcéntrica*. Barcelona.

3 DE LA NOGAL FERNÁNDEZ, R (2006). *Españolas en la arena pública (1758-1808)*. Madrid, p. 36.

4 PERROT, M (1999). *Les femmes ou les silences de l'Histoire*. París, p. 13.

5 DUBY, G & PERRO, M (1991). *L'Histoire des femmes en Occident de l'Antiquité á nos jours*. París, p. 44.

6 Marc Bloch fue fusilado por los nazis el 16 de junio de 1944 en Lyon. Posteriormente su obra fue publicada por Lucien Febvre con un doble título: *Apologie pour l'Histoire ó Métier d'historien*.

sentimientos, y subjetividades colectivas, lo que permitió estudiar a las mujeres como sujetos históricos. Hasta entonces, se había ubicado a la familia en la esfera privada separada de otro tipo de relaciones sociales, contribuyendo a perpetuar una ideología de la domesticidad, y promoviendo la invisibilidad de las mujeres como trabajadoras<sup>7</sup>. Tal como señala Lucien Febvre, la historia “no se hace en absoluto dentro de una torre de marfil. Se hace en la misma vida, y por seres vivos que están inmersos en el siglo”<sup>8</sup>.

En el mismo período, un grupo de historiadoras inglesas buscaron influir en la *American Historical Association* dominada por los hombres, fundando la *Conferencia de Mujeres Historiadoras de Berkshire*. Pero más allá de la necesidad de permear las instituciones, lo que plantearon como aspecto prioritario fue estudiar el pasado de las mujeres a través de los ojos de las mujeres. Data de 1933 el planteamiento pionero de la historiadora norteamericana, Mary Ritter Beard, con su libro, *America Through Women's Eyes (América a través de los ojos de las mujeres)*. ¿Qué idea tenían las mujeres de sí mismas? ¿Cómo veían su presencia en la sociedad? ¿Cómo eran percibidas por los hombres? Son algunas de las interrogantes que esta obra intentó responder, utilizando como fuentes los diarios, las novelas y la correspondencia personal.

En 1945, el historiador inglés William L. Schurz, incluyó un capítulo dedicado a las mujeres en su libro *This New World: The Civilization of Latin America*<sup>9</sup>. Y, en 1946, Mary Ritter Beard, publicó *Woman as force in History: A study in Traditions and Realities*<sup>10</sup>. Otro aporte importante fue el *Segundo sexo* de Simone de Beauvoir (1949), que influyó de manera relevante y constituye el ensayo feminista más importante del siglo XX. Para Beauvoir, la historia de las mujeres y el análisis de la condición femenina requerían de una antropología estructural y de una historia entonces inexistente.

En ese período, Edward Thompson, definió por primera vez el concepto de clases en términos de cultura, en cuyo estudio las expresiones literarias y artísticas cobran incluso más relevancia que los datos económicos. Michael Foucault situó el análisis de la explotación vinculada hasta entonces al control político y económico, a una red de poder que incluye a la familia, la cultura, el conocimiento y la sexualidad. Mientras que Philippe Ariès y George Duby, plantearon interrogantes respecto de los límites entre lo público y lo privado, la familia y la sexualidad<sup>11</sup>. Fueron también importantes: *Out of our Past: The forces that Shaped Modern America*, de Carl Degler (1970), y *Women in Iberian Expansion Overseas, 1415-1815*, de Charles Boxer (1975).

La intensa movilización social y política en favor de los derechos civiles, la justicia social, la autodeterminación de los pueblos y la independencia política y económica que se produjo en la década de 1960, posibilitó el cambio del discurso de la historiografía tradicional. Es en este proceso que la historia social cambió su orientación dirigida al estudio del espacio público hacia el espacio privado, cuando el espacio privado se empezó a configurar separado del ámbito de poder político<sup>12</sup>, y del estudio de la sociedad hacia una aproximación a los grupos marginales o carentes de poder, entre los que se encuentran las mujeres. El fin de una historia excluyente en términos de clases, etnias y gé-

7 SCOTT, JW (1992). “El problema de la invisibilidad”, in: *Género e Historia*. México, p. 54.

8 CHARTIER, R (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos*. Buenos Aires, p. 16.

9 SCHURZ, W (1945). *This New World: The Civilization of Latin America*. Nueva York, pp. 76-338.

10 BEARD, MR (1969). *America Through Women's Eyes*. Connecticut Greenwood Press. BEARD, MR (1946). *Women as a Force in History: A Study in Traditions and Realities*. New York, Macmillan.

11 Michael Foucault le dedicó a esta cuestión su libro: *La voluntad de saber*. Paris Gallimard, 1976.

12 DE LA NOGAL FERNÁNDEZ, R (2006). *Op. cit.*, p. 36.

nero, significó el punto de partida para que las mujeres conquistaran su derecho a una historia en la que “dejaron de solo víctimas para convertirse en protagonistas”<sup>13</sup>.

En América Latina a partir de los años de 1970, la orientación de la historia tuvo un notable giro temático hacia la historia social: elites, criollos, mestizos, comunidades campesinas, Iglesia; historia agraria (tenencia de la tierra, producción, fuerza de trabajo); historia económica (minería, obras, gremios, mercado); y la historia demográfica<sup>14</sup>. Cambio que permitió un relato más objetivo de las diferentes etapas del proceso histórico prehispánico. Posteriormente el desarrollo de la etnohistoria andina significó un intento sistemático por explicar la originalidad y particularidad del pasado de estas sociedades, y un cambio de la visión que se tenía hasta entonces.

Todo lo cual posibilitó la deconstrucción de la historia oficial, y estudiar la condición de las mujeres en las sociedades prehispánicas, el impacto que les produjo la conquista, su presencia durante la colonia, en la lucha por la independencia, y en la construcción de los Estados Nación. Tarea nada fácil si se tiene en cuenta que una de las mayores dificultades es la carencia de fuentes puesto que las mujeres fueron descritas según las categorías de un discurso elaborado de acuerdo con la ideología patriarcal del hispanismo.

Así mismo, la introducción del género como categoría planteó la necesidad de deconstruir categorías absolutas, identificar la opresión femenina<sup>15</sup>, y poner “al descubierto los espacios femeninos, los modos de vida particulares de las mujeres, las prácticas culturales que les pertenecían a ellas y no a los hombres”<sup>16</sup>. Fue entonces posible conocer que la pertenencia a uno u otro sexo configuran diferentes actitudes, creencias y códigos en una sociedad determinada. Por lo mismo, los estudios de la historia de las mujeres, no se puede reducir al sexo. De lo contrario, las diferencias físicas tienden a legitimar las relaciones de poder existentes, y el sexismo al igual que el racismo, le niega otro “el derecho a ser diferente sin que se le castigue por ello. En otras palabras, se discrimina a aquellos que real o presumiblemente viven, deben vivir, o quieren vivir de un modo distinto al del grupo que dicta las normas y los valores culturales”<sup>17</sup>.

En esa dirección se inscribe el curso: “¿Tienen una historia las mujeres?”, que en 1973 dictaron Michelle Perrot, Pauline Schmitt y Fabienne Bock. En 1982 realizaron un coloquio sobre las “Investigaciones sobre la mujer y estudios feministas”, y en 1983 volvieron al tema con un seminario titulado: “¿Es posible una historia de las mujeres?”<sup>18</sup>. Concluyendo que era posible por la importancia que revisten las relaciones entre la historia de las mujeres, y las distintas corrientes de la historiografía, la construcción de una historia que intente explicar cómo se producen los significados de la di-

13 CHARTIER, R (2000). “La historia no terminó”, *El Clarín*, Buenos Aires, 28 de agosto.

14 CANEDO-ARGUELLES FÁBREGA, T (1999). “La Historia de América ante los nuevos retos”, in: *Metodología Docente de la Historia de América*. Pamplona, Asociación Española de Americanistas, pp. 89-99.

15 LAVRIN, A (1985). *Las mujeres Latinoamericanas. Perspectivas Históricas*. México.

16 Morant coincide con Hobsbawn cuando sostiene que no es posible trabajar solo con el sexo oprimido, “del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los campesinos”. MORANT, I (1995). “El sexo de la historia”. *Ayer*. n°. 17, p. 38.

17 FARGE, A (1991). “La Historia de las Mujeres. Cultura y poder de las mujeres: ensayo de historiografía”. *Historia Social*, n°. 9, invierno, p. 64.

18 PERROT, M (Dir.,) (1984). *Une histoire des femmes est-elle possible?* Paris, Rivages.

ferencia sexual, “a partir del análisis de los procesos discursivos del poder, que son los que organizan y legitiman las diferencias”<sup>19</sup>.

Así se fue consolidando un campo específico de la historia de las mujeres gracias al esfuerzo académico de Gerda Lerner, Natalie Zemon Davies, Mary Hartman, Lois Banner, Renata Bridenthal, Claudia Koonz, Sheila Rowbotham, Judith Bennet y Nora Nash, entre otras. Gerda Lerner analizó la formación del patriarcado y el papel de las mujeres en la prolongación de su subordinación; para Natalie Zemon Davis, el objetivo de la historia de las mujeres era descubrir los roles sexuales y el simbolismo sexual en distintas sociedades y periodos con el fin de conocer su significado y cómo funcionaban para mantener el orden o impulsar el cambio. Mary Hartman y Lois Banner publicaron: *Clíos Consciousness Raised: New Perspectives on the History of Women* (1976); Renata Bridenthal, y Claudia Koonz, *Becoming Visible: Women in European History* (1977); Sheila Rowbotham, *Conciencia de mujer en un mundo masculino* (1977); Judith Bennet, *Feminism and Suffrage: The Emergence of an Independent Women's Movement in America 1848-1869* (1978).

El interés por “ver” a las mujeres en la historia y el reconocimiento de un campo histórico femenino cobró impulso en América Latina. Mientras que la historia de las mujeres empezó a cobrar vigencia en México<sup>20</sup> en 1983, cuando se fundó el *Seminario de la Participación Social de la Mujer en la Historia Contemporánea de México 1930-1964*, de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. En 1984, se inició el *Taller de Historia de la Mujer*, como parte del *Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer* de El Colegio de México. Y, en 1985, Asunción Lavrin publicó *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas* (1985), obra que marcó una etapa en los estudios de la historiografía de las mujeres. Poco después, en 1986, se impartió el primer curso de “Historia Social de la Mujer” en la División de Estudios Superiores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. De este período es la obra en cuatro volúmenes *Historia de las mujeres en México*. También *Historia de las Mujeres en México*, de Julia Tuñón.

En el Perú, cuatro libros anteceden los estudios de la historia de las mujeres: *La mujer y el niño en el antiguo Perú*, Rebeca Carrión Cachot (1923); *La mujer peruana a través de los siglos* (1924), Elvira García y García; *Así hicieron las mujeres el Perú* (1965), Judith Prieto de Zegarra; y *Evolución Femenina: Una mujer extraordinaria* (1969), María S. Castorino.

El interés por el estudio de la historia de las mujeres en el Perú se evidenció en la década de 1970 con los trabajos de Juan José Vega, *Micaela Bastidas y las heroínas tupamaristas* (1972). La Universidad de Michigan publicó el libro de Irene Silverblatt, *The position of women in Inca society* (1975); la Revista del Museo Nacional: *Principios de la organización femenina en el Tawantinsuyu* (1976). Un año después, en 1977, apareció “Sexo y colonización” de Pablo Macera, incluido en el tercer tomo de *Trabajos de historia*, del Instituto Nacional de Cultura. En 1980, Anne Marie Hocquenghen y Patricia Lyon, publicaron: *A class of anthropomorphic super natural female in Moche Iconography*. Libros que constituyeron una importante fuente para el estudio de la historia de las mujeres, aunque ninguno de sus autores se propusiera tal objetivo.

A quienes corresponde el primer lugar en abordar específicamente el tema, es a Pablo Macera y a María Rostworowski, durante el Primer Seminario Nacional de Mujer e Historia en el Perú, realizado en 1984, con sendos trabajos bajo el título: “La mujer en la historia del Perú”. En 1985 apareció

19 NASH, M (1994). “Experiencia y aprendizaje: la formación histórica de los feminismos en España”. *Historia Social*. n.º. 20, p. 62.

20 Carmen Ramos Escandón se refiere a este tema en su artículo: “¿Qué veinte años no es nada? La mujer en México según la historiografía reciente”. *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicana*. México, UNAM, 1990.

la primera edición de *Mujeres Peruanas. El otro lado de la historia*, primer intento de analizar y estudiar la historia del Perú desde una perspectiva de género<sup>21</sup>. La carencia de fuentes, y de un objetivo que apenas vislumbraba entonces, fueron los retos más difíciles de resolver durante los años de ardua y difícil investigación en busca del dato que permitiera reconstruir esta historia.

El primer estudio colectivo europeo es de 1988. Se trata de *L'Histoire des femmes en Occident de l'Antiquité à nos jours*<sup>22</sup>, dirigido por Michelle Perrot y Georges Duby. "Es justo decir, señala Michelle Perrot, que la iniciativa de *La Historia de las mujeres en Occidente*, no provino de nosotras sino de Laterza, un editor italiano. Sorprendido por el éxito de *La historia de la vida privada* que tradujo en Italia, preguntó a George Duby prestigioso historiador francés de la Edad Media que dirigió ese libro en el que yo había colaborado, ¿Por qué no una *Storia della Donna*?"<sup>23</sup>. El equipo estuvo conformado por: Pauline Schmitt, Christiane Klaphish-Zuber, Arlette Farge, Natalie Zemon-Davis, Geneviève Fraisse y Françoise Thébaud. La obra se compone de cinco tomos - traducida a varios idiomas - en la que participaron cerca de cien investigadoras, y cuya edición en español apareció en diez tomos con el título de *Historia de las Mujeres en Occidente* (Madrid, Taurus, 1993).

Durante el período que el colectivo de historiadoras francesas trabajó en la elaboración de la *Historia de las Mujeres de Occidente*, constató que la historiografía carecía de herramientas para estudiar el proceso histórico desde una perspectiva de las identidades y la vida de las mujeres. Y, que para demostrar su historicidad, era necesario trascender los roles sexuales y analizar las contradicciones inherentes a las relaciones sociales, políticas y de poder; proceso en el que aparecen las relaciones desiguales respecto de la mujer, sus conflictos, y la modificación de los roles sexuales.

Arlette Farge señala, que al analizar los mecanismos y mediaciones concretas y simbólicas, a través de los cuales se ha ejercido la dominación masculina, es posible comprobar que ésta no se produce de manera frontal, "sino a través del sesgo de definiciones y de redefiniciones de estatutos o de papeles que no conciernen únicamente a las mujeres sino al sistema de reproducción de la sociedad entera"<sup>24</sup>. Y, puesto que en las diferentes sociedades se han producido relaciones sociales igualitarias como no igualitarias, es necesario conocer las particularidades que asumen las diferencia sexuales y a través de qué mecanismos y formas se han modificado estos roles; "qué consensos y qué conflictos producían y mediante qué mecanismos de poder. En consecuencia, las relaciones entre los sexos deben ser tratadas como relaciones sociales y su estudio (es) del mismo tipo que el de otras relaciones sociales igualitarias o desigualitarias"<sup>25</sup>.

De este período es el trabajo de Ellen Dubois, quien sostuvo que la base de la historia de las mujeres era su resistencia a la dominación masculina; y el de Carol Smith Rosenberg, que planteó el análisis de la historia de las mujeres desde el eje interpretativo de la cultura femenina. Mientras que Mary Nash, sostuvo que el interés de la historia de las mujeres era detectar las diferentes modalidades de su resistencia, y descifrar su interacción y su transformación en contextos históricos específicos<sup>26</sup>.

21 La 2ª edición de mi libro es de 1986; la 3ª, 1995; la 4ª 2002; y la 5ª de 2013.

22 DUBY, G & PERRO, M (1991). *Op. cit.*

23 GUARDIA, SB (2000). "Las mujeres y el silencio de la historia. Una entrevista con Michelle Perrot". *Revista Quehacer*, Marzo-Abril, n.º. 123, Lima.

24 FARGE, A (1991). *Op. cit.*, p. 90.

25 MORANT, I (1995). *Op. cit.*, p.43.

26 NASH, M (1994). *Op. cit.*, pp. 151-172.

No se trata entonces de separar la historia de las mujeres de una historia general, sino de una historia donde la relaciones entre los sexos sean contemplados como entidades sociales, políticas y culturales<sup>27</sup>. Se trata de una historia que como señala Gisele Bock, utilice "todos los métodos y enfoques de que disponen los historiadores, con inclusión de la biografía, la historia cultural, antropología, economía y política, la historia de las mentalidades y de las ideas, la tradición oral y los métodos preferidos de la historia social, tales como el estudio de la movilidad, de la demografía histórica y de la historia de la familia"<sup>28</sup>. A partir de lo cual con una nueva forma de abordar la historia será posible analizar y estudiar las experiencias femeninas, la revisión de modelos que han impregnado a todos los grupos sociales, y los factores diferenciales que afectan a las mujeres; y por consiguiente, "la necesidad de recurrir a las más variadas fuentes para poder captar y reconstruir esa realidad heterogénea"<sup>29</sup>.

La reconstrucción del pasado femenino supone pues un cambio de paradigma, reformular las categorías del análisis histórico, y por lo tanto reescribir la historia desde una alternativa contestataria con nuevos modelos interpretativos. En buena cuenta, asumir la historia social desde una perspectiva que considere que las relaciones entre los sexos son construcciones sociales, que la dominación masculina es una expresión de la desigualdad de estas relaciones, y en consecuencia producto de las contradicciones inherentes a toda formación social<sup>30</sup>.

Coincidiendo con esta orientación, Eric Hobsbawm, planteó que si se quería "ver" a las mujeres y a través de ellas imaginar una sociedad - incluso "otra" sociedad - era necesario remitirse a lo privado, lo social y lo cotidiano. En *El mundo del trabajo*, investigó la iconografía revolucionaria de fines del siglo XIX y comienzos del XX y buscó las más probables imágenes del hombre y la mujer. Concluye afirmando que "el olvido" de la historia de las mujeres es el olvido de las clases oprimidas, que al igual que las mujeres están menos documentadas. Sin embargo, no considera necesario crear una rama especializada de la historia que se ocupe de las mujeres:

Parece imposible, dice, excepto dentro de límites muy estrechos, escribir la historia de un sexo particular separándolo del otro, del mismo modo en que es realmente imposible escribir la historia de una clase en particular separándola de la otra. En consecuencia, los mejores intentos para traer a las mujeres a la historia me parecen aquellos que se han ocupado del papel de la mujer en lo que es básicamente una sociedad de dos sexos<sup>31</sup>.

Por lo mismo, la construcción de esta historia no puede estar centrada en el eje sujeción-transgresión, sino en el uso que se ha hecho de las diferencias sexuales a través de la historia. Y del análisis de una dominación que abarca miles de años, que ha trascendido a las épocas y a los modos de producción, y que ha generado distintos grados de sumisión en relaciones de interdependencia

27 BOCK, G (1991). "La Historia de las Mujeres y la Historia del género: aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, n°. 9, p. 61.

28 *Ibid.*, p. 57.

29 RODRÍGUEZ VILLAMIL, S (1992-1993). "Mujeres uruguayas a fines del siglo XIX: ¿Cómo hacer su historia?". *Boletín Americanista*, p. 73.

30 *Ibid.*, p. 76.

31 HOBBSAWM, E (1988). "¿Qué sentido tiene la historia?". *Análisis*, n°. 143.

con “grados insólitos de complicidad”<sup>32</sup>. Al poner el acento en las relaciones entre los sexos, la historia de las mujeres revisa un conjunto de problemas donde están incluidos elementos antes no estudiados, el tiempo, la violencia, el trabajo, el sufrimiento, el amor, la seducción, el poder, “las representaciones, las imágenes y lo real, lo social y lo político, la creación y el pensamiento simbólico”<sup>33</sup>.

Según Jacques Derrida, hay que reemplazar la lógica tradicional practicada en las ciencias sociales por una nueva manera femenina de abordar el pensamiento crítico, siguiendo como señala Scott, una lógica de investigación diferente a la aplicada en la historiografía tradicional. Es decir, reescribir la historia desde una perspectiva femenina, plantear nuevas formas de interpretación, y revisar conceptos y métodos existentes con el objetivo de convertir a las mujeres en sujetos de la historia, reconstruir sus vidas en toda su diversidad y complejidad, mostrando cómo actuaron y reaccionaron en circunstancias impuestas, inventariar las fuentes con las que contamos, y dar un sentido diferente al tiempo histórico, subrayando lo que fue importante en sus vidas<sup>34</sup>.

Conocer ese otro lado de la historia, ese conocimiento surgido desde la otra orilla, y desde otro saber, es el objetivo de la historia de las mujeres. Solo entonces será posible valorar sus experiencias y actividades, explorar las representaciones que las cubren, y encontrar su verdadero rostro. Diferente será su voz y distinta su imagen creación de intelectuales, educadores y directores espirituales, quienes le señalaron qué era lo propio de su mundo, cuáles los códigos del comportamiento “femenino”, y cuál el modelo de conducta donde pureza, honor, sumisión y obediencia al hombre las apoyaba y redimía.

Para ilustrar la importancia que tiene la historia de las mujeres, Gerda Lerner demuestra a través de una imagen donde está el quid de la cuestión. Pensemos, dice, que hombres y mujeres viven en un escenario en el que interpretan el papel, de igual importancia, que les ha tocado. La obra no puede proseguir sin ambas clases de intérpretes. Ninguna contribuye más o menos al todo; ninguna es secundaria o se puede prescindir de ella. Pero la escena ha sido concebida y definida por los hombres. Ellos han escrito la obra, han dirigido el espectáculo, e interpretado el significado de la acción. Se han quedado con las partes más interesantes, las más heroicas, y han dado a las mujeres los papeles secundarios<sup>35</sup>.

¿Qué sucede entonces? Cuando las mujeres se dan cuenta de esto reclaman y logran que se las considere en papeles de igual importancia, aunque tengan que pasar por el examen de calificación de los hombres que obviamente eligen a las más dóciles y a las que mejor se adecuan al trabajo que ellos determinan, en tanto castigan con la exclusión a las que se arrogan el derecho de representar su propio papel. Ese es el error, lo que las mujeres deben hacer es escribir también el argumento, intervenir en el escenario de la obra, en la interpretación de los papeles importantes, y en aquellos que prefieran y consideren útiles.

Requerimos pues una historia que recoja todas las voces, y que permita hablar al subalterno, no a través de la elite ni de sus construcciones. Aunque esto resulta especialmente problemático al

32 Cfr. LÓPEZ CHIRICO, S (1992), in: RODRÍGUEZ VILLAMIL, S (Coord.,) (1992). *Mujeres e Historia en el Uruguay*. Montevideo, Grecomu, p. 27.

33 PERROT, M (1999). *Op. cit.*, p. XVI.

34 PÉROTIN-DUMON, A (2000). *El género en la historia*. Santiago de Chile.

35 LERNER, G (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona, p. 30.



tratarse de la mujer más aún si es pobre, india o negra. Po lo que es necesario “aprender a dirigirse al sujeto históricamente mudo de la mujer subalterna (en lugar de escucharla o de hablar por ella)<sup>36</sup>.

La historia de las mujeres se presenta así como un elemento transformador de las mismas mujeres, y constituye un paso decisivo para su emancipación. Una nueva historia significa cambiar todo un andamiaje de ideas y creencias, y transformar las actividades femeninas en experiencias definidas y trascendentes. No es muy difícil imaginar que entonces sus experiencias y vivencias serán valoradas en el curso del desarrollo de la humanidad, la cultura y la civilización.

### **CONCLUSIÓN**

La historia de las mujeres se presenta así como un elemento transformador de las mismas mujeres, y constituye un paso decisivo para su emancipación. Una nueva historia significa cambiar todo un andamiaje de ideas y creencias, y transformar las actividades femeninas en experiencias definidas y trascendentes. No es muy difícil imaginar que entonces sus experiencias y vivencias serán valoradas en el curso del desarrollo de la humanidad, la cultura y la civilización.

36 SPIVAK, GCh (2011). *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires, pp. 73-74.